Oro

Víctor Moraz

Image not found.

Capítulo 1

-lo que tú familia busca no lo pertenece-dijo el pequeño ser retorcido y deforme a Mateo. La criatura se encontraba a dos metros de la camioneta que para fortuna del niño estaba cerrada, aunque la puerta del piloto carecía de vidrio en la ventana-pueden escarbar todo lo que quieran, e incluso dar con él pero en cuanto lo tengan en sus manos se desvanecerá

¿Por qué me dice esto a mí? Pensó el infante que apenas rebasaba los ocho años. La curiosidad más que el miedo lo inundaba ante la presencia de aquel mítico ser. En más de una ocasión sus abuelos le habían contado sobre ellos, además de haber visto alguna representación en tv. Sin embargo la cosa que se encontraba frente a él distaba mucho de lo que le había contado su familia, y aún más de lo retratado en las películas. Con una estatura que a duras pena debía de alcanzar los 30 centímetros, unas piernas y manos tan chuecas que parecían estar al revés, un rostro podrido que parecía caerse a pedazos. Sus manos huesudas de un centellaban carmesí que contrastaba con el opaco verde de su rostro. Vestía un viejo manto enterregado, mientras que sus pies descalzos, dejaban al descubierto una especie de pesuñas. Ni siquiera estaba seguro de que fuera lo que estaba pensando, de lo único que Mateo estaba seguro era de aquella cosa no era humana.

-la codicia será el fin de los tuyos niño-imponente, la voz de la criatura era la antítesis de su apariencia. Fuerte, y abrazadora era la tesitura de esta.

Mateo que llevaba más de un año acompañando a su familia en sus infructuosas travesías, había llegado a pensar que nunca se encontraría o vería nada extraordinario, a pesar de todas las historias de su familia. Pero ahí estaba, algo que su mente catalogo al instante como un duende, señal fidedigna (según su tío Sergio) de que debía de haber oro.

-nunca se llevaran nada niño, y si lo sacan será su última aventura

A Mateo le encantaban aquellas excursiones nocturnas, a pesar de que ocasiones se presentaban entre semana y al siguiente día se la pasaba cabeceando en la escuela. Una de las tantas cosas favorables de aquellas desventuras, era que le ayudaban a no pensar tanto en su difunta Madre, y la ausencia de su padre. El cáncer le había arrebatado a Mamá hacía más de año y medio, mientras su que su padre lo dejo un par de meses después, jurando volver por él cuando encontrara la estabilidad económica y emocional. Desde entonces vivía con sus abuelos maternos, ya que los paternos fallecieron antes de que Mateo naciera. Su Padre hablaba de vez en cuando, pero nunca le daba alguna probable fecha de retorno, de hecho el niño ni siquiera sabía dónde estaba, y cuando se lo preguntaba algún mayor todos le respondían la misma cosa; “¿para qué quieres saber

eso?”. En más de una ocasión pensó en decirles que era su Padre, que tenía derecho a saber dónde estaba, pero sabía que de cualquier manera lo ignorarían, y eso terminaría por hacerlo enfadar más. De cualquier manera amaba a su familia, y estaba agradecido por todo lo que habían hecho por él, en especial por sus nocturnas caserías, de las cuales tenía prohibido hablar en la escuela, claro que eso no le impedía difundirlas con sus amigos, además para ser honestos, le daba un plus el mantenerlo como algo secreto.

-niño-el duende, o lo que fuera aquella cosa se había acercado hasta quedar frente él sin que siquiera lo notase. Ahora estaba sentado donde debía de erguirse la ventana del piloto-ve y dile a tú familia que se larguen de aquí. Deberían de respetar las cosas de los muertos

-¿eres un duende?-pregunto el niño ignorando todo comentario antes dicho por aquel diminuto ser.

-se podría decir. Fue el nombre que ustedes nos dieron

-¿Y no quieres que nos llevemos tu olla?

-¿mía? Nosotros no necesitamos esas cosas, no nos sirven de nada. Solo intento protegerlos de su dueño, a los muertos no les gustan que se metan con sus cosas. Ustedes los humanos son sumamente posesivos, a pesar de que ya no se encuentran en este plano siguen aferrándose a sus banales posesiones.

-con el oro puedes comprar muchas cosas-en realidad con el oro podías conseguir dinero, y con este comprar las cosas, pero Mateo no sabía bien como indagar en el tema.

-cosas que ustedes mismos le ponen su valor, pero ¿de qué le sirve el oro a un muerto? De nada, y sin embrago lo sigue queriendo. Así como los hombres vivos quieren infinidad de cosas inservibles-

Mateo intentaba dar sentido a lo que escuchaba, consiguiéndolo únicamente a medias ¿Cómo era posible que el oro fuera algo inútil?, si era una de las cosas más valiosas del mundo o por lo menos es lo que escuchaba decir a todos,

-lo necesitamos-fue lo único que broto de su boca

-¿más que a tu familia?-los ojos del ser mostraron un brillo parecido al de las estrellas que cubrían en aquellos momentos el firmamento-porque ese podría ser el pago que tuvieran que dar por él, tal vez no todos, solo un par, pero de cualquier manera si continúan acabaran por perder a alguien.

-no es la primera vez que lo hacemos, Nunca nos pasa nada-

-tampoco nunca han encontrado nada. Hoy encontraran si continúan, así que mejor ve, y dile a tu familia que se retiren, antes de que sea tarde

-Mentiroso, nada nos va a pasar-el niño comenzaba a dudar, sin embargo quería creerlo, después de todo nadie había sufrido ningún percance en las ocasiones anteriores.

-a ti no desde luego, de eso me encargo yo. En cuanto a los demás-el duende se encogió en hombros, dando medía vuelta para bajar de la puerta dando un salto hacia afuera.

Mateo se apresuró a abrir la puerta del conductor.

-¿a dónde vas?-le preguntó mientras al duende se alejaba con un pausado y tambaleante andar

-a casa. Aunque no lo creas tenemos casas, y también necesitamos descansar. Además prefiero no estar aquí si llega a pasar algo

-algo de ¿qué?-Mateo bajo de la camioneta-¿no nos puedes ayudar?

-ya lo hice, ¿o no te dije a ti que debías decirle a tu familia que esto era mala idea?

-no me van creer…- miró hacia su familia quienes apenas eran un diminuto punto que se vislumbraba a lo lejos-díselos tú

-ellos no me pueden entender, si les hablo solo escucharían un montón de palabras sin sentido

-los puedes asustar

-¿Cómo te asuste a ti? Escucha niño, tú me puedes entender porque el mundo no ha terminado de corromperte, aún no crees que el dinero o lo material sea lo más importante en este mundo. Pero para tu familia ese tiempo ya pasó, para ellos solo sería un viejo, y horrible duende que intenta proteger su oro, no escucharían ni les importaría nada. El que me vieran solo daría como resultado que su empeño, y seguridad de que se van a topar con algo se afianzara. Ellos únicamente hablan el lenguaje del dinero, no digo que sea lo unció que les importa pero sin lugar a dudas lo ven como una prioridad.

-y ¿por qué me iban hacer caso a mí?

-¿por qué?-la cara de la criatura mostraba un evidente exasperación-bueno, si no sabes la respuesta, supongo que me equivoque contigo. Creía que eras más inteligente. Como sea, supongo que de cualquier manera ya estás acostumbrado a perder a tu familia-dicho esto se volvió para remprender la marcha-solo digo que a pesar de todo, a veces el dinero no es lo que más les puede llegar importar-fueron las últimas palabras del duende mientras le daba la espalda.

El niño torno nuevamente la mirada donde se encontraba su familia, cunado la volvió para buscar aquella criatura, esta se había esfumado, no obstante sus huellas permanecían marcadas en la tierra. Desorientado, permaneció inmóvil, intentando decir que debía hacer. ¿Correr y advertirles lo que acaba de ver, de oír?, o simplemente ¿dejarlo pasar?, pues bien se podía tratar de una simple artimaña de aquella cosa, un vil engaño para alejarlos de su oro, a final de cuentas ¿Quién no le aseguraba que todo lo que llego a escuchar no era más que una mentira?

Un fuerte viento empezó a soplar, sacando al niño de su divagación. Un remolino del doble de su estatura se formó borrando las huellas que eran la única prueba de la intromisión de su nocturno visitante. A la distancia varios perros comenzaron a aullar, su familia parecía totalmente ajena a todo esto a pesar de que una capa de polvo parecía envolverlos. Mateo pensó en todo lo que le dijo el minúsculo ser, o por lo menos tanto como le fue posible recordar y entender ¿mentía o decía la verdad? Esa era la cuestión más grande, fue entonces cuando una frase recaló en él, fue casi como si la volviera escuchar;” de cualquier manera ya estás acostumbrado a perder familia” las palabras retumbaron haciendo eco en su interior. Acelerando el paso tanto como pudo, se precipito en busca de su familia, el viento comenzó a soplar con mayor brío y los perros que antes se limitaban a ladrar comenzaron a gruñir, fuertes estallidos retumbaron a su alrededor, el niño los tomo como cuetes o petardos, pero si alguna vez hubiese escuchado un disparo esa se habría convertido en su primera opción. El polvo flotaba en todo el lugar nublándole la vista por completo, el niño solos veía una terregosa capa a donde sea que voltease, la tierra le enraba por sus fosas nasales y los oídos, incluso los ojos, incluso trago un poco obligándolo a detenerse a causa de una fuerte tos. La distancia entre la camioneta y su familia si acaso debía rebasar los 200 metros pero al niño le pareció el tramo más extenso que hubiera recorrido en su vida, el polvo incesante en su tarea de tapizar el sito cubría por completo su panorámica, así que no se dio cuenta de que estaba cerca de su familia hasta que se dio de bruces contra su abuelo, el cual soltó una exclamación de asombro volviéndose para encontrarse con su nieto tirado.

-¿mateo?-al escuchar su nombre su abuela también se volvió, mientras

que sus tíos le dedicaron una fugaz mirada-¿Qué haces aquí?

El niño se reincorporo sacudiéndose todo el polvo que acumulo durante su travesía. Al terminar miro a todos lados, encontrándose con un desconcertante escenario. Desde aquel lugar no se escuchaba ningún perro o tronido, y lo que era todavía más extraño el viento soplaba con una menuda tranquilidad que lo llevo a pensar que tal vez todo lo que había experimentado era únicamente producto de su imaginación

-¿Qué te paso mijo?-pregunto su abuela acercándose e hincándose para limpiarle el rostro y las ropas-parce que te hubiera agarrado un terregal

-¿no los oyen?-pregunto completamente desconsolado

-¿a quién?-su abuela lucia sinceramente sorprendida. Incluso sus tíos detuvieron la excavación al escuchar su pregunta

-a los perros, y los petardos

-¿petardos?-su tío Juan abandono el lugar donde se encontraba el agujero acercándose-¿Cuáles petardos?

-o cuetes yo que sé, eso que estaba tronando

Los cuatro miraron a todos lados, buscando algo que no estaba, que no se escuchaba.

-¿Dónde oíste eso cabrón?-su tío Juan no dejaba de husmear por todos lados.

-se está imaginado cosas-hablo su tío Sergio que no abandonaba el lugar junto al agujero-debe de tener miedo, nada más

-shh-lo callo su abuelo-¿escuchaste algo mijo? ¿En dónde?

-no sé-mateo dudaba cada vez más de lo sucedido, a final de cuentas cuando llego con ellos los sonidos se esfumaron al igual que intensa la ventisca-me dijo que si seguían buscando, algo malo iba a pasar-un silencio y un intercambio de miradas acompaño su comentario

-¿Quién te lo dijo mijo? ¿Dónde?-ahora su abuelo se colocó de rodillas junto a él, a la par que su abuela se acercaba con su tío Sergio. Su tío Juan por otro lado, comenzó a andar por el camino que había llegado.

-El hombrecito-con el llanto medianamente controlado miro a su tío Sergio y sus abuelos en busca de algún apoyo, algo que le dijera que todo

aquello si ocurrió.

-¿cuál hombrecito?-en esta ocasión incluso su tío Sergio se acercó a él-sobrino, mírame-le tomo de los hombros y le dio una delicada sacudida-¿viste a alguien? ¿Dónde está?, Juan-grito buscando a su primo que para aquellos momentos ya se encontraba llegando a la camioneta-¿Qué te dijo?

-me dijo que alguien se iba a morir si sacaban lo que estaba enterrado-mateo bajo la cara, fijando la mirada en suelo. Hablaba en un tono quebrado, con un marcado miedo.

-deberíamos irnos-escuchó decir a su abuela mientras veía como sus lágrimas regaban la tierra-está muy asustado

-¿Dónde viste el hombrecito? ¿Por la camioneta?-el tío Sergio ignoro por completo el comentario de su abuela, Mateo se limitó a asentir con la cabeza como respuesta-juan-grito nuevamente

-no se ve nadie-respondió este- y baja la voz-recrimino mientras se unía nuevamente con ellos

-¿por qué? ¿No acabas de decir que no hay nadie?

-dije que no se veía nadie, pero Mati acaba de decir que vio a alguien

-y también que escucho perros y unos cuetes, está asustado, eso es todo-aunque no lo veía Mateo pudo sentir en la voz de su tío coraje y frustración-les dije que alguien debía de quedarse con el escuincle

-no es la primera vez que lo dejamos solo-esta vez el que hablo fue su abuelo-no tenía por qué asustarse. Lo hemos llevado a peores lugares y nunca dijo nada

-¡puta madre!,… ¿alguno de ustedes escucho un perro o algo que tronara?-el silencio que acompaño a la pregunta germino aún más la duda de Mateo. Tal vez, si lo imagine todo pensó el chiquillo desconsolado, comenzando a llorar con más fuerza.

-está muerto de miedo míralo-de los cuatro, su abuela era la única que mostraba verdaderos signos de preocupación-aparte míralo como viene todo revolcado. Deberíamos irnos ya

-El aparato marco ahí, estamos cerca ¿no lo sienten? ¿Y se quieren ir porque el niño se imaginó unos ruidos, y a un hombrecito?

-era un duende-exclamo Mateo alzando su enrojecido rostro empapado de

lágrimas-dijo que el oro no les pertenecía

-¿Duende?-por un instante el rostro de su tío Sergio se contrajo, sin embargo su reacción inicial fue suplantada por el esbozo de una sonrisa-les dije que aquí había algo, el cabrón quiere alejarnos de su oro

-primero no le creías, y ahora que menciona a un pinche duende ¿le vas a dar la razón?

-¿lo dudas primo? Después de tantas búsquedas fracasadas una tenía que resultar buena

-deberíamos irnos-ahora era el patriarca de la familia quien creía que era el momento de abandonar el lugar

-¿ahora que estamos seguros de hay algo? ¿Están locos? ¿No se supone que por eso venimos?

-no ves cómo está tu sobrino cabrón-cuando su abuela comenzaba a utilizar alguna grosería contra su familia era una clara evidencia de que estaba molesta.

-si el niño ya se calmó tía-aquello era una vedad a medias. Mateo ya no lloraba, pero seguía desesperado por abandonar aquella tierra de nadie-si tanto les preocupa váyanse usted y mi tío con el escuincle a la camioneta, mientras juan y yo nos quedamos a escarbar.

-no-la voz de Mateo aunque infantil sonó con la suficiente firmeza para captar la atención de su familia-me dijo que si nos lo llevábamos iban a morir,..- dijo que a lo mejor no me importaba porque ya estaba acostumbrado a perder a mi familia, pero si me importa-apenas dicha la última palabra Mateo soltó un largo y mocoso sollozo

-hazle caso juan-su abuelo lo tomó de la mano-vámonos mijo-y sin decir más ambos empezaron a caminar.

Su abuela se les unió al instante

-yo me quedo-dictamino el terco tío Sergio-y ¿tú primo?

Juan vacilo paseando la mirada entre los tres que se marchaban, y el único que se quedaba.

-no puedo dejarlo solo-dijo finalmente a sus padres y sobrino-cinco minutos y los alcanzamos-su padre soltó la mano de Mateo, volviéndose a con el hijo que compartía su nombre.

-piénsalo bien. Lo que dijo el niño es cosa para tomarse enserio

-ni siquiera estamos seguros que sea verdad-la angustia dibujada en el rostro de su padre le hizo titubear, pero de cualquier manera no pensaba dejar solo a su primo, independientemente de si era real o no lo que su sobrino creía haber visto-cinco minutos viejo, no importa si encontramos algo o si Sergio no quiere regresar, en cinco minutos los alcanzo.

Los cinco minutos al final resultaron ser media hora, durante este tiempo ningún perro o estallido irrumpió el lugar, el viento arrecio un poco, sin embargo nada comparado con lo que Mateo experimento mientras corría para advertir a su familia. El niño se encontraba recostado con la cabeza apoyada en las piernas de su abuela, mientras que su abuelo fumaba afuera cigarrillo tras cigarrillo. Mateo hizo una escueta descripción de su visitante a sus abuelos, y de lo que habían conversado, ambos lo escucharon en silencio. Su abuelo le confeso que el ser que describía no se parecía prácticamente en nada al que el llego a ver en su juventud, pero también tuvo que admitir que aquella vez se encontraba tan ebrio que le resultaba imposible rememorar todo con exactitud.

Cuando sus tíos aparecieron, el obstinado tío Sergio cargaba una pequeña olla de barro mostrando una inmensa sonrisa de satisfacción.

-se acabaron los problemas-exclamo irradiando tanta alegría que resultaba imposible no contagiarse de ella, incluso su abuela se apresuró abajar de la camioneta para contemplar el tesoro encontrado. Claro que primero quito delicadamente la cabeza de su nieto que yacía em sus piernas

Mateo miro desde la cabina de la camioneta, como su familia se congregaba alrededor del cofre para admirar su nueva fortuna.” Ya estás acostumbrado a perder” escucho, acompañado de una helada ventisca.

-chamaco-hablo su tío Sergio-venga que le va tocar el pinche mejor Domingo de su vida-en realidad era Martes, pero esa era lo último en lo que pensaba el niño. ”Estas acostumbrado a perder” escuchaba una y otra vez, mientras indeciso contemplaba a su familia que examinaba, y exhibía el brillante contenido de la enmohecida y empolvada olla. En su mayoría era oro de eso no cabía la menor duda, su dorado brillo era la prueba irrefutable, pero el precio que podrían pagar por ella no parecía en lo más mínimo justo para el niño.

-mateo mijo, ven a ver esto-todo rastro de angustia se había esfumado de su abuela. Ahora sonaba plena, feliz.

El único que miraba todo con mayor reserva era su abuelo, aunque desde luego no ocultaba su asombro por el tesoro que ahora poseían. Mateo quería salir, reunirse con su familia, y contemplar aquella riqueza que

probablemente era la solución para todos sus problemas financieros, pues a pesar de sus escasos ocho años tenía noción de los problemas monetarios que enfrentaba su familia, tal vez no fueran los más precarios del mundo pero sin lugar a dudas estaban lejos de vivir en la opulencia o siquiera cómodamente, le bastaba con ver a muchos de sus compañeros en la escuela para darse cuenta de ello.

-no-respondió finalmente Mateo a la petición de su familia

-no tengas miedo-su tío juan anduvo hasta quedar en el arco de la puerta, la cual se encontraba abierta-lo sacamos y no nos ha pasado nada ¿ves? Aquí seguimos-era bastante obvio que continuaban ahí, no obstante el niño no terminaba de fiarse de aquella situación.

-pero el duende-objeto con la esperanza de que lo tomasen en serio por fin, pues una parte de él le repetía que en realidad nunca se habían tomado enserio sus advertencias, ni siquiera los abuelos

-yo sé- el hermano de su padre subió a la camioneta tomando asiento junto a él-¿pero no has pensado que te pudo mentir? o incluso que se trató de una prueba, ¿tal vez quería ver si teníamos el valor necesario de hacerlo a pesar de sus amenazas?

-no amenazo, quería ayudarnos. Me lo dijo

-pude que te haya mentido. Haber, dime ¿por qué iba querer ayudarnos un duende?

La pregunta fue un golpe directo a la negatividad de Mateo, si bien en un inicio el mismo se lo planteo, resultaba algo bastante evidente ahora que su tío lo decía ¿por qué un duende iba querer ayudarlos? . Hasta donde alcanzaban sus conocimientos de aquellos míticos seres, se trataba de unas criaturas taimadas y de malas intenciones que se divertían gastando bromas a las personas en el menor de los casos. Nadie jamás tenía nada favorecedor que decir respecto aquellos diminutos y repulsivos seres. Claro que la descripción física que había llegado a escuchar de ellos no coincida con lo que miró, sin embargo eso no quería decir que lo que sabía en cuanto su actitud fuera también falso. El niño miró a su tío el cual aguardaba por su respuesta

-no sé-contesto finalmente, aunque seguía aferrado a la idea de no bajar de la camioneta.

-déjalo ya-ahora era su tío Sergio el que hablaba, se encontraba sosteniendo la olla, sus abuelos se encontraban a espaldas de este-sigue asustado, mañana cuando se levante y este más tranquilo va querer su domingo-dicho esto pidió a su primo que se recorriera para subir a la camioneta y abandonar el sitio. Aunque pasaban de las dos de la mañana,

y lugar estaba completamente desierto, definitivamente no era buena idea permanecer con aquellas riquezas en la calle.

Envolvieron la olla en una cobija, y la colocaron en la caja de la camioneta. Los cinco se fueron apretujados en la cabina tal como habían llegado, Mateo se acomodó sobre las piernas de su abuelo. El camino a casa fue silencio y lento, en tres ocasiones se detuvieron para verificar que el tesoro siguiera en su poder. Llegaron a casa de sus abuelos cuando el reloj marcaba las 3:15am, se habían demorado el doble que les tomo llegar, Mateo cabeceaba cuando el grito de sus tíos lo despabilo. La olla se había esfumado en algún punto entre la tercera revisión, y el arribo a su destino final, la cobija se encontraba perfectamente doblada cubierta con una ligera capa de polvo, además de tener pequeñas motas verdes en toda su superficie. Su tío Sergio maldijo, y blasfemo hasta agotarse, arremetió contra todo y todos, el mismo incluido. El hermano de su padre por otro lado primero miro a su somnoliento sobrino con una franca estupefacción para después examinar la cobija y su al redor como si de una escena de crimen se tratase, su abuelo se limitó a envolverlo en un abrazo, mientras que su abuela contrarrestando las injurias de tío Sergio rezaba un poco y se persignaba en repetidas ocasiones

-tenemos que volver-expreso finalmente el primo favorito del padre de Mateo, luego de que sus ánimos se apaciguaran. Sus abuelos declinaron por completo e ipso facto su propuesta. Juan acepto, pero al igual que la vez anterior lo hacía más que nada por no dejar solo a su primo que por un interés en continuar con la aventura

Mateo no dijo nada, por su mente transitaban millares de ideas, aunque al final siempre terminaba retumbando una sola en su cabeza;” ya estás acostumbrado a perder ” se repetía en su cabeza con la inolvidable voz de aquel ser que finalmente parecía haber dicho la verdad, aquel tesoro no les pertenecía. El niño soporto tanto como pudo a que retornaran sus tíos, pero sus esfuerzos únicamente le concedieron poco más de cuarenta minutos tras su partida. A la mañana siguiente, aunque más bien fue medio día, pues fue el momento en el cual se desperezo, sus abuelos le confirmaron algo que ya él sabía , no sé encontró ni rastro de la olla y el lugar donde habían escavado se encontraba intacto cuando regresaron. Su tío Sergio quería excavar nuevamente, pero el hermano de su Padre acabo por convencerlo de que si bien aquel no era un sitio demasiado transitado, el sol no tardaría en salir, y no era algo recomendable buscar tesoros acompañados por la luz de día. Su tío Sergio acepto, no obstante se obstino en regresar aquella noche nuevamente, si lo pudieron encontrar una vez la segunda era mucho más sencilla dicto.

-y esta vez no voy a soltar la pinche olla hasta que nos gastemos todo-aseguro confiado de que tendrían una nueva oportunidad.

Para su desgracia, y las de Mateo, las advertencias de aquella criatura se tornarían lúgubremente reales aquella misma tarde.

Mientras su tío Juan salía de un restaurant en compañía de su novia en turno terminaría envuelto un asalto, el cuál como tantos otros terminaría en tragedia, ambos morirían y el asaltante escaparía con 500 pesos, más de una persona atestiguaría, daría su testimonio, no se haría ningún arresto. Nadie volvió a comentar nada sobre aquella noche, o la idea de volver escarbar en aquel o cualquier otro sitio, Mateo intentó hacerlo en un par de ocasiones pero al ver la hosquedad de su familia ante el tema se resignó a seguirles el juego. Su padre regreso a despedir a su hermano, permaneciendo durante todo el novenario, dándole un verdadero tesoro a Mateo entre todo aquel dolor. Tres meses después su Papá volvería para su salida del segundo año, también aprovecharía la oportunidad para finalmente llevárselo a vivir con él. Mientras celebraban con una carne asada en la casa de sus abuelos, su abuela entraría para recostarse a dormir una siesta, nunca volvería a despertar. Su abuelo a regañadientes terminaría aceptando a irse a vivir con su hijo y nieto. Antes de que terminara el verano su tío Sergio seria abatido en un duelo entre bandas rivales debido a sus recientes nexos con el narcotráfico, el trio volvería para despedir a su tercer familiar en menos de seis meses. Durante el sepelio Mateo se rencontraría con aquella pequeña maltrecha criatura sobre una de las tumbas, junto a él superándolo en estatura la vieja olla sacaba destellos de su interior, su encuentro duraría a penas un parpadeo. A penas le diría a su Padre que mirase cuando aquel tramposo ser se había vuelto a esfumar. El niño se acercó para buscar rastro del ser, incluso albergo la esperanza de encontrarse con el duende escondido en alguna lapida, la criatura se había marchado. Un puñado de brillantes monedas doradas centellaba en la tumba donde el duende hizo su breve aparición. Tomándolas entre sus manos Mateo jugo con ellas haciéndolas brincar en su palma, husmeando a su alrededor se percató que nadie le observaba, toda la atención estaba centrada en la nueva y permanente residencia de su Tío más terco. Discreto pero seguro guardó en el bolsillo de su pantalón el pequeño monto centellante, al final de cuentas, al parecer; “estaba acostumbrado a perder”.